





# LA NOVELA MURIÓ



COLECCIÓN NARRATIVAS  
BIBLIOTECA RUBEM FONSECA

RUBEM FONSECA

# LA NOVELA MURIÓ

Traducción de Regina Crespo y Rodolfo Mata  
Revisada y adaptada por Alejandro Kandora

---

Tajamar  
Editores

---

O romance morreu. Crónicas

© Rubem Fonseca, 2007, 2011

© Tajamar Editores Ltda., 2011

Traducción cedida por Ediciones Cal y Arena

Mariano Sánchez Fontecilla 352, Las Condes. Santiago

Teléfonos: 56-2-245.70.26 / 56-2-245.70.28 / 56-2-245.70.32

[www.tajamar-editores.cl](http://www.tajamar-editores.cl)

e-mail: [info@tajamar-editores.cl](mailto:info@tajamar-editores.cl)

ISBN: 978-956-9043-26-0

Composición: Salgó Ltda.

Diseño de portada: José Bórquez

Impreso en Chile/*Printed in Chile*

Primera edición: junio de 2013

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización previa del editor.

## ¿Murió la novela?

Mucho antes de que publicara mi primer libro, ya oía decir que la novela, la literatura de ficción, estaba muerta. Parece que el primer anuncio de su muerte ocurrió en 1880, a pesar de que, como todo el mundo sabe, Emily Dickinson, Chéjov, Proust, Joyce, Kafka, Maupassant, Henry James, nuestro Machado de Assis, Eça de Queiroz, Mallarmé, las Brontë y Fernando Pessoa (un poco más tarde) estaban activos en aquella época.

A principios del siglo XX, cuando Henry Ford lanzó el Ford Model T, un auto barato, construido en una línea de montaje, que en pocos años vendió más de quince millones de unidades, las Casandras afirmaron que ahora sí la literatura de ficción, en la cual se incluía a la poesía, tenía los días contados. En poco tiempo todos tendrían automóvil y lo usarían para pasear, irse de compras y salir con la novia en vez de quedarse en casa leyendo. Porque no sabían lo que les deparaba el futuro, o quién sabe por qué, el caso es que muchos escritores, como Yeats, Benavente, Galsworthy, Selma Lagerlöf, Rilke, Kavafis o Edna St. Vincent Millay, continuaron escribiendo, y quizás hasta tenían un Model T en el garage.

Una nueva anunciación mortal vino inmediatamente después, a causa del cine, denominado el séptimo arte.

Una encuesta de la época mostró que de cada cien personas ochenta frecuentaban el cine y dos (¡dos!) leían libros de ficción. Ahora sí que la literatura, por fin, había muerto. Esta vez no había salvación. Pero Sinclair Lewis, Thomas Mann, Bunin, Céline, Ana Ajmátova, O'Neill, Pirandello y muchos otros no lo sabían. (Los dos últimos son autores de teatro, pero el teatro empezó a morir antes.)

Después, con la llegada de la televisión, una nueva muerte fue profetizada. Pero William Faulkner, Eliot, Gide, Hesse, Quasimodo, Pasternak, Camus, Hemingway, Beckett, Seferis, Kawabata, Mauriac, Steinbeck y muchos más no pararon de escribir. Caramba, ¿esos tipos no leían los periódicos? ¿No sabían que la literatura de ficción había muerto?

Finalmente vino el tiro de gracia: la computadora e internet. Era el puñado de tierra sobre el féretro. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Quiénes eran (o son) esos locos que escribían poesía y novela? ¿Carlos Drummond de Andrade, Czeslaw Milosz, João Cabral, Pablo Neruda, Montale, Heinrich Böll, Saul Bellow, Isaac Bashevis Singer, Octavio Paz, Brodsky, García Márquez (“si dices que la novela está muerta, no es la novela, eres tú el que está muerto”), Canetti, Günter Grass, Kenzaburo Oé, Saramago, João Ubaldo Ribeiro, Ferreira Gullar y un montón más? ¿Qué está pasando realmente?

Existen muchos estudios interesantes y extensos sobre el asunto, como el de la ensayista Leyla Perrone-Moisés, en su libro *Altas literaturas* (Companhia das Letras, 1998). Tal vez lo que está sucediendo es lo siguiente: la literatura de ficción no se ha acabado, lo que está desapareciendo es el lector. ¿Podrá llegar a ocurrir la paradoja de que sea el lector el que se acabe y no el escritor? O sea, ¿que la



literatura de ficción y la poesía continúen existiendo, aunque los escritores escriban para tres gatos?

Una encuesta reciente sobre los hábitos de lectura en el medio universitario llegó a conclusiones espantosas: treinta y seis por ciento de los encuestados nunca, repito, nunca, habían leído siquiera un libro de ficción. Una minoría leía uno o dos libros de ficción durante el año. Un gran número había leído solamente un libro en toda su vida. Estamos hablando de universitarios.

No quiero sacar conclusiones a partir de esta encuesta. Serían demasiado sombrías. Recientemente leí, en un estudio de las profesoras Isabel Sampaio y Acácia Angelidos Santos, que las llamadas dificultades de lectura y redacción están relacionadas, en realidad, con deficiencias en las capacidades cognitivas básicas, como la habilidad para comprender variables, hacer proposiciones, identificar lagunas de información, distinguir entre observaciones e inferencias, razonar hipotéticamente y ejercitar la metacognición. Al vivir en una sociedad en que la capacidad para procesar información dejó de ser solo una habilidad intelectual para transformarse en una condición de supervivencia económica, el individuo privado de las herramientas de la lectura y de la escritura está sujeto a la marginación, ya sea personal, profesional o social.

¿Sabén esto los universitarios?

Kafka escribía para un solo lector: él mismo. Me acuerdo de Camões. Era un revoltoso y acabó en prisión, o por sus pleitos o por haberse metido con la infanta doña María, hermana del rey João III. Para obtener el perdón del rey, se propuso servirlo en la India, como soldado. Allí permaneció dieciséis años y, finalmente, regresó a Portugal a bordo de un navío, acompañado de una joven india que lo

amaba y a quien dedicó el lindo soneto “Alma minha gentil, que te partiste”. El navío naufragó y Camões, durante el naufragio, solo pensó en una cosa: salvar el manuscrito de *Los Lusíadas* y de sus poemas. Dejó que la mujer que amaba muriera ahogada (confieso que tengo mis dudas) y perdió todos sus bienes, pero salvó sus manuscritos. ¿Para que los leyera quién? Era el siglo XVI y muy poca gente en Portugal sabía leer. Pero Camões pensó en ese puñado de lectores; escribía para ellos, no importaba cuántos fueran.

¿Se van a acabar los lectores? Tal vez. Pero los escritores no. El síndrome de Camões va a continuar. El escritor va a resistir.